

†

**NECROLÓGICA DE
DON MANUEL TABOADA ROCA,
CONDE DE BORRAJEIROS Y
MARQUÉS DE MONTESACRO**

Por

Antonio Pau Pedrón
Académico de Número

La vida plena y centenaria de don Manuel Taboada Roca, conde de Borrajeiros y marqués de Montesacro, se extinguió en abril de 2006, sin haber perdido un instante la lucidez, la agudeza y la preocupación por el prójimo que caracterizaron su personalidad.

Cuando en el año 2001 se agruparon, en dos volúmenes de cerca de mil páginas cada uno, sus trabajos dedicados al Derecho nobiliario, se pudo ver, de un golpe de vista, la magnitud de su obra. Y quedaban fuera de esos dos volúmenes sus muchas monografías de Derecho procesal. Y, sobre todo, quedaban fuera, las que él consideraba sus mejores aportaciones jurídicas: los miles de sentencias que dictó como magistrado. Unas sentencias artesanales y revolu-



Don Manuel Taboada Roca,
Conde de Borrajeiros y
Marqués de Montesacro
Académico de Mérito
(†)

cionarias a la vez. Les dedicó muchas horas de profundo estudio y de cuidada redacción, y, además, incorporó a ellas las últimas doctrinas procesales que se estaban elaborando en Europa. Sin inmodestia —porque en él no era imaginable que tuviera un instante de vanidad—, sino con profunda verdad y sinceridad, me dijo una vez que si la modernidad, en el campo procesal, la habían traído a España, en sus tratados, Guasp, Gómez Orbaneja y Prieto-Castro, él la había traído en el plano de la aplicación práctica, en las sentencias.

El Conde de Borrajeiros fue nombrado Académico de Mérito de esta Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía porque era el primer nobiliarista español. Que la Academia Matritense no le hubiera tenido en su escalafón es algo que hubiera sorprendido a cualquiera que ojease sus páginas. Me consta la profunda gratitud que sintió por el nombramiento. Él nunca se consideró acreedor de nada, y toda distinción la vio como fruto de la generosidad ajena. Estaba agradecido a los Académicos de Heráldica y Genealogía, y no pudo concebir que fuera al revés: que él dignificaba la Academia, porque su dignidad personal era tan alta, tan elegante y tan señorial, que nadie podía distinguirlo a él, mientras que su presencia era siempre, y en todas partes, dignificadora. Es una lástima que su avanzada edad, que no mermó en absoluto su capacidad intelectual, pero sí su plena movilidad física, le impidiera participar más —como él hubiera querido— en las tareas de la Academia, que le eran tan familiares.

Añadir a su recuerdo que recibió varias Grandes Cruces y que fue miembro de algunas de las instituciones españolas más prestigiosas, tiene, en el caso del conde de Borrajeiros, poca importancia: la verdadera importancia la tuvieron la bondad que derrochó con todos los que tuvo cerca, y la obra que elaboró día a día, madrugando y pensando frente a su máquina de escribir.

Quizá porque pensó mucho, y porque su mentalidad no era nada condescendiente, sino extremadamente rigurosa, la obra del conde de Borrajeiros se caracteriza por su claridad. No hay, en su obra, ni el más mínimo espacio para el eclecticismo, el relativismo o la ambigüedad: en todo momento se pronuncia de manera rotunda e inequívoca. Ha dejado detrás de sí una senda intelectual por la que podrán marchar los nobiliaristas con la absoluta seguridad de

que no van a perderse, y que cada recta y cada curva del camino están trazadas con la precisión técnica del buen profesional. Todo autor hace unos metros más del camino que antes hicieron sus predecesores. El conde de Borrajeiros ha hecho, no unos pocos metros, sino muchos, y, sobre todo, ha convertido el camino en una vía amplia, segura y nítidamente señalizada.